

LOS CONTORNOS DE UN NUEVO MUNDO: FILOSOFÍA DEL CAMBIO GLOBAL

Fernando Araya*

Resumen

En este artículo se analizan los cambios sociales, políticos y económicos que tuvieron lugar entre los años 1990 y 2000, así como sus consecuencias en la configuración de la sociedad global contemporánea. Este contexto analítico permite referirse a los riesgos de las transformaciones estudiadas, tales como el totalitarismo economicista y el irracionalismo subjetivista, al tiempo que ahonda en la consideración de algunas tendencias de desarrollo y desafíos actuales. La perspectiva del texto es propia de la Filosofía de la Historia aplicada a la conformación de las relaciones internacionales.

Summary

This article describes the social, political and economic changes that took place between 1990 and 2000,

and their impact in shaping contemporary global society are analyzed. This analytical framework allows to refer to the risks of the studied, such as totalitarianism and subjectivist economist irrationalism transformations, while delving into consideration some development trends and global challenges. The perspective of the text is typical of the philosophy of history applied to the shaping of international relations.

Palabras clave:

Cambio fáctico, cambio cognitivo, economicismo, irracionalismo, subjetivismo, totalitarismo, poder, totalidad, multipolaridad, sociedad del conocimiento, modernidad, modernismo, postmodernidad

Keywords:

Factual change, cognitive change, economism, irrationalism, subjectivism, totalitarianism, power, full,

multipolarity, knowledge society, modernity, modernism, postmodernism

*Fernando Araya es académico, Director de la Revista de Relaciones Internacionales de la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Costa Rica. Autor de 11 libros de filosofía, filosofía política, sociedad y cultural, y de más de 400 artículos de opinión en periódicos y revistas.

**El artículo fue recibido el 4 de febrero de 2014 y aprobado para publicación el 28 de febrero de ese mismo año.

Es difícil evaluar las alternativas, a menos que se haya cultivado alguna tolerancia hacia la incertidumbre.

J. C. Whitehorn

1. Cambios fácticos y cognitivos

La tipología de las transformaciones sociales en los últimos veinte años puede sintetizarse en dos categorías básicas, a saber: fácticas y cognitivas. Las primeras se relacionan con la dinámica empírica de los cambios sociales y las segundas están asociadas a modificaciones cardinales en los modos de analizar, sintetizar, llegar a conclusiones y tomar decisiones.

Esta división, conviene decirlo, es simplemente didáctica, la dinámica histórica referida en las categorías

indicadas implica, simultáneamente, dimensiones fácticas y cognitivas entrelazadas en forma íntima. Asimismo, es sabido que los hechos sociales e históricos contienen contenidos éticos, con lo cual se postula la presencia de opciones axiológicas concretas en el sustrato de los tipos de transformaciones mencionadas.

En el ámbito de las modificaciones fácticas sobresalen las siguientes:

Primera: el paso de sistemas sociales centralizados y monolíticos en su conformación ideológica, a sistemas descentralizados e ideológicamente pluralistas. Se trata de una transformación que tiene como eje la crisis del llamado socialismo real europeo.

Segunda: la consolidación de una economía planetaria sobre la base de la globalización de las estructuras de mercado

Tercera: el desarrollo de la revolución tecnológica y científica hasta llegar, en la actualidad, a las puertas de una “mente” cibernética global –red de información de índole universal.

Cuarta: el carácter multipolar de la estructura del poder, tanto a nivel internacional como local.

Se puede estar o no de acuerdo con lo que estos hechos suponen e implican, pero no se puede desconocer su presencia e influencia cardinal. En sí mismos no constituyen opciones sino perfiles consustanciales de la actual coyuntura.

En cuanto a las transformaciones cognitivas, sobresalen dos desplazamientos de énfasis:

Primero: el paso desde el énfasis en el objetivismo cientificista de índole empirista, al énfasis en la subjetividad interactiva de índole dialógica. El objetivismo a ultranza ha entrado en franca decadencia, para dar paso a un nuevo relanzamiento de la conciencia personal como hacedora de realidades.

A este respecto, desde los más diversos ámbitos del saber y de la práctica, se insiste en el papel creador de la subjetividad y se enfatiza aquel viejo principio de la unidad esencial del conocimiento humano, que el modernismo quebró al prohiar una visión dualística del mundo y del saber. Mundo y conciencia, sujeto y objeto, vuelven a enfocarse desde una perspectiva unitaria que postula la coordinación cardinal de las facultades intelectivas y sensitivas, y se mantiene abierta a la existencia y actuación de otras facultades racionales.

Segundo: el segundo desplazamiento mental implicado en las transformaciones cognitivas – ligado, por supuesto, al anterior –, viene dado por la crítica al racionalismo cientificista, es decir, a la creencia en la racionalidad de la lógica formal como el único tipo posible de pensamiento confiable.

En la situación contemporánea se reconoce la importancia de la lógica

formal, enmarcada en parámetros que definen un conjunto interrelacionado de conceptos y de razonamientos verificables y válidos, pero se rechaza la pretensión de que tal lógica y tal tipo de racionalidad sean los únicos tribunales ante los cuales pueda y deba someterse la experiencia humana. Hoy se postula, de múltiples formas y a través de distintas vías, la existencia de varias racionalidades en interacción.

El postulado de las múltiples racionalidades conduce a la relativización del carácter supuestamente absoluto de la ciencia experimental. La lógica formal, y sus últimos desarrollos en la lógica simbólica y matemática, aparece como un tipo de racionalidad, pero de ningún modo como el único. En interacción indisoluble con la lógica formal se encuentra la racionalidad dialéctica, la racionalidad intuitiva, la racionalidad estética, la racionalidad histórica y, a la manera de un sustrato inevitable, la racionalidad que Martín Heidegger denominó, en su *Ser y el tiempo*, fundamental u ontológica, para solo citar cinco casos. El reconocer la existencia de distintos tipos de racionalidad en interacción, evidencia la necesidad de ahondar en el análisis de la estructura integral de la razón humana, como una realidad unitaria compuesta de varias instancias debidamente articuladas.

Lo anterior implica la recuperación de la unidad esencial del ser humano, que fue abandonada en el marco del inmanentismo racionalista y

cientificista. Al hablar de racionalidades en interacción y de una estructura unitaria de la razón, se sostiene necesariamente la necesidad de superar los dualismos cognitivos y de reivindicar el conocimiento como función de todo el ser humano y no solo de sus sentidos externos o, en su defecto, de su intelecto. Ni sentidos solos ni intelecto solo, es el ser humano íntegro el que conoce y vive.

2. Dos riesgos

a) *El riesgo del irracionalismo subjetivista*

Fuera del ámbito de acción de los grupos neonazis, neofascistas, neototalitarios y de los fundamentalismos religiosos, aceptar distintos tipos de racionalidad no implica sostener una postura irracionalista, sino defender y promover una visión integral de la razón frente a la unilateralidad racionalista. La sociedad contemporánea no se encuentra frente a un asesinato de la racionalidad —como equivocadamente sostuvo George Luckas (1)— sino ante una afirmación de la razón en sus distintas manifestaciones. El asesinato de la racionalidad se origina, por el contrario, en el postulado de que sólo el conocimiento experimental es legítimo o en las deformaciones ideológicas extremistas que reducen la experiencia humana a una de sus partes.

En este contexto tan complejo es donde surgen muchos movimientos

que enfatizan el papel de la intuición, de los símbolos, de la fe y del arte, como algunas de las tantas vías de conocimiento a las que tienen acceso las personas. Debe sostenerse que cuando esos énfasis no van acompañados de la necesaria moderación y hondura intelectuales, degeneran rápidamente en formas distorsionadas y patológicas de relaciones humanas. Ejemplos típicos de lo que estoy diciendo son las manifestaciones extremas de los fundamentalismos religiosos, algunas de las cuales han conducido y conducen a suicidios masivos y a diversos hechos delictivos, así como el rebrote guerrerista, chauvinista y racista.

Con todo, debe reconocerse que cuando las inclinaciones no positivistas de estos movimientos se enmarcan adecuadamente, es decir, cuando no están enmarcadas dentro del fundamentalismo, el racismo, el militarismo, el mesianismo y el dogmatismo, los énfasis indicados se traducen en una experiencia constructiva y duradera que complementa otros aspectos de la existencia.

En definitiva, la crítica al racionalismo y al científicismo, cuando no se la acompaña de una visión integradora de la racionalidad, conduce con demasiada frecuencia a posturas irracionalistas y subjetivistas. La invasión de las sectas, el fundamentalismo religioso y el rebrote de expresiones extremas y necrófilas del ocultismo constituyen tres casos ejemplares de excesos irracionalistas y, por lo tanto, de desequilibrios

fundamentales en cuanto a la subjetividad y al ejercicio de las facultades racionales.

b) *El riesgo del totalitarismo economicista*

La consolidación de una economía planetaria sobre la base de las estructuras de mercado conlleva también una posibilidad de exceso. En efecto, el mercado, como institución del orden económico, implica la existencia de muchos dispositivos de decisión y de conocimiento; así como la aceptación tácita de que las decisiones de los productores, los distribuidores y los consumidores obedecen a esquemas mentales flexibles e intercambiables. La epistemología implícita en el orden económico de mercado supone, entonces, la bancarrota de las tesis gnoseológicas, que sostenían como posible la concentración del saber económico y social en unas pocas personas.

Sin embargo, este hecho no debe ocultar lo siguiente: si se enfatiza unilateralmente el papel económico del mercado se puede caer en una visión lineal e ideológicamente totalitaria del proceso social, que nada puede envidiarle a las visiones totalitarias de signo ideológico contrario. Una clara inclinación en el sentido apuntado es observable en las distintas expresiones del reduccionismo economicista, particularmente en la denominada teoría del mercado perfecto que, como es sabido, se refiere a una situación ideal en la cual se logra el equilibrio

general y simultáneo de todo el sistema productivo.

Algunos hablan también de la existencia de una tendencia empírica hacia el mercado perfectamente competitivo y se sostiene, finalmente, la posibilidad de un conocimiento que permita descubrir esa tendencia y determinar el momento evolutivo en el cual se encuentra.

Semejante estructura mental es análoga a la utilizada por Platón en *La República*, con el fin de explicar su teoría de las ideas; y conduce a la misma tesis totalitaria: esos científicos –supuestos conocedores de la tendencia empírica hacia el mercado perfecto, los filósofos en el caso de Platón, que conocen la esencia de las ideas– deben imponer su voluntad al resto de las personas.

El totalitarismo economicista sostiene una visión unilateral y unilineal de la economía que excluye la existencia de realidades interconectadas con el mercado, pero que no pueden reducirse a la dinámica específica de sus estructuras particulares. El mercado es una realidad, pero no es la única ni existe en forma aislada; además, en tanto que mecanismo automático, el mercado no conoce de solidaridad ni de asuntos de conciencia, por eso resulta necesario insertarlo en un contexto social para que realmente sea un instrumento de equidad y no solo un medio de elevar la eficiencia del sistema productivo.

Además de lo anterior, es útil recordar que el mercado fáctico —el único que existe en términos empíricos— no funciona como mercado perfecto a escala de todo el sistema productivo. El equilibrio general, simultáneo y perfecto del mecanismo de mercado, que la teoría postula como modelo ideal-, supone la efectividad empírica de ecuaciones cuya solución es simultánea, pero en la dinámica económica participan variables no incorporadas en dichas ecuaciones, tales como los deseos, las motivaciones y las inclinaciones psicológicas de los agentes económicos, aparte de las externalidades, los monopolios, los oligopolios, las economías de escala y las incertidumbres.

Lo anterior recuerda que las ecuaciones generales y simultáneas son propias del modelo teórico, pero no de la experiencia cotidiana. Convertir el modelo ideal del mercado perfecto en un objetivo de realización histórica, constituye no solo la matriz del totalitarismo economicista, sino también la deformación más dañina de la sabiduría económica, la cual sostiene la conveniencia de avanzar sin diseños previos a través de ensayos y errores (2).

Para evitar los riesgos

Las unilateralidades reales y potenciales plantean un asunto que creo implícito en el pensamiento de Xavier Zubiri; ¿cómo traducir, en un lenguaje integral, desde el interior de la realidad misma y, por lo tanto,

fielmente, el pensamiento sintético de esa realidad? Zubiri no resolvió el problema a pesar de sus brillantes esfuerzos en el libro *Sobre la esencia*.

La solución, por supuesto, no es fácil, pero su principio se encuentra en abandonar las dualidades de la cultura modernista, y en hacer afincarse la reflexión en el principio de la unidad esencial de la realidad, y en la del sujeto que la piensa, la recrea y la transforma, no como quien le sale al encuentro desde fuera, sino como alguien que participa desde dentro en su dinámica y conformación.

Los riesgos hasta ahora mencionados son fácilmente identificables en la escena contemporánea, e indican la necesidad de erradicar cualquier tipo de ingenuidad histórica en torno a los cambios fácticos y cognitivos reseñados. Ejemplo de esa ingenuidad, llevada hasta las alturas de una visión filosófica global, es la postura de Francis Fukuyama en su libro *El fin de la historia y el último hombre*, donde sostiene la tesis de que la historia ya no evoluciona, pues se ha llegado a la universalización de la idea democrática.

Como lo prueban los hechos, no es cierto que la idea democrática se haya universalizado. La guerra en los Balcanes, la inestabilidad en Rusia y en las exrepúblicas soviéticas, el rebrote neonazi, neofascista y falangista, el resurgimiento del totalitarismo en varios países de Europa del Este, las teocracias árabes, el fundamentalismo religioso, la

guerra en Siria, los reduccionismos economicistas, el conflicto ucraniano, la voluntad expansiva de Rusia en Eurasia, el despliegue de China y sus intereses nacionales, son algunos pocos ejemplos que testifican la acción de corrientes históricas cuya vocación es, precisamente, suprimir la democracia y la libertad.

La historia no ha terminado –ni en el sentido de Fukuyama, ni en ningún otro–. Continúa bajo condiciones relativamente nuevas. La lucha entre la libertad y la esclavitud se desenvuelve ahora en otro escenario. Intentar comprenderlo es, en cierta forma, tomar nota del momento evolutivo de la historia en la hora actual.

Los cambios fácticos y cognitivos que han tenido lugar, y que sin lugar a dudas son positivos, no han llegado para quedarse como si fuesen leyes naturales. El ser humano necesita estar alerta y actuar para reestablecer los equilibrios ahí donde se pierdan o debiliten, y para abrir permanentemente nuevos “espacios” históricos donde pueda continuar desarrollando su creatividad y su constante búsqueda del bien, en ello le va la posibilidad de sobrevivir.

3. Algunos hechos para profundizar

Ahora se ahondará un poco más en las características básicas de la situación contemporánea. Una mirada atenta a las sociedades contemporáneas revela realidades que

pocos vislumbraban hace tan solo cien años. El planeta se ha hecho más pequeño en virtud de los avances tecnológicos y científicos, y del desarrollo de los procesos de integración económica. En términos prácticos, ha surgido una red de conexiones técnicas y humanas, que convierte en inevitables y necesarias, las interacciones entre las culturas y los reconocimientos recíprocos de valores y de experiencias.

Esa misma red de conexiones –una verdadera inteligencia colectiva o una mente global–, ha hecho evidentes las íntimas relaciones que vinculan a los seres humanos entre sí y a estos con todas las criaturas, que junto a ellos comparten una morada común: la tierra, y más allá, el cosmos. Esa inteligencia colectiva ha posibilitado la emergencia de un nuevo sentido de universalidad, semejante, quizás, al cosmopolitismo renacentista, pero distinto de aquel por los procesos empíricos a los que se encuentra ligado, a saber: la proliferación de diversos centros de poder en interacción, la economía sin fronteras o economía planetaria y el proceso de modificación de la función intelectual.

En cuanto a la proliferación del poder, la dinámica contemporánea ha hecho caducar las estructuras internacionales surgidas al final de la II Guerra Mundial, concretadas en un mundo dual y excesivamente ideologizado. Ya no existen dos sistemas de poder –como ocurría incluso

a finales de los años ochenta–, cuyas relaciones constituían el núcleo de la vida política global.

Se está en presencia de un mundo multipolar. Un mundo multipolar no solo en las relaciones entre los países y las regiones, sino también en el interior de las sociedades, donde los centros de poder tienden a diversificarse cada vez más y se desconcentra el monopolio político del Estado Nación.

Hacia donde se mire, en la extensa geografía de la tierra, se observa la acción de múltiples y contradictorias fuentes de poder, especialmente en los territorios de la ex Unión Soviética, Rusia y algunas de las naciones recientemente independizadas, en Asia y en un conglomerado de países –Singapur, Hong Kong, Corea del Sur y Japón– que conforman un verdadero bloque económico y militar de obligada consideración. Es imperativo incluir a la China Continental, que desde hace varias décadas ensaya una forma heterodoxa de socialismo de mercado; a Europa, donde el sueño de un continente unido se ha traducido en el proyecto de integración más ambicioso de la contemporaneidad; al Norte de América, donde los Estados Unidos continúan jugando un papel hegemónico que irradia su influencia hacia Suramérica, Centroamérica y el Caribe, en el mundo árabe signado por el fundamentalismo religioso, al conflicto histórico árabe-israelí y las difíciles relaciones con Occidente; en fin, hacia donde

se mire, el planeta se encuentra inmerso en un océano de poderes grandes, pequeños y medianos, que interactúan, compiten y luchan.

El océano de poderes en interacción no es un fenómeno exclusivo de las relaciones internacionales. También en el interior de las sociedades nacionales se observa la multiplicación inusitada de las fuentes de poder y de los poderes efectivos, como consecuencia de los nuevos protagonismos de la sociedad civil, de las nacionalidades, de las minorías étnicas, de la descentralización, entre otros.

La dinamización de la sociedad civil es, al respecto, el acontecimiento más relevante, porque expresa una nueva conciencia del protagonismo que merece, necesita y reclama el ciudadano, y porque implica transformaciones de fondo en la configuración de las relaciones sociales y políticas.

Al mismo tiempo las Organizaciones No Gubernamentales, los movimientos civiles de diversa índole, el desplazamiento de las atribuciones jurídicas de los órganos centralizados de Gobierno hacia los Poderes Locales y el protagonismo de las minorías étnicas, son hechos que revelan la presencia y actuación de centros de poder que caen fuera del ámbito de competencia tradicional de los poderes clásicos del Estado Nación.

El mundo actual, en fin, es multipolar por la estructura del poder

internacional y por la proliferación desconcentrada de este en el interior de los países. No existe un único centro de poder del que surjan la totalidad de las orientaciones de la vida social, ni tampoco una estructura homogénea de dominio a escala planetaria o nacional.

Pueden señalarse algunos pocos países que, por sus niveles de desarrollo económico, social, cultural y militar, mantienen un grado de influencia sobre el curso de los sucesos mundiales mayor al resto de naciones; sin embargo, conviene prestar atención a la presencia de hegemonías regionales capaces de establecer relaciones con las hegemonías planetarias en términos mucho más igualitarios que los conocidos hace veinte o cincuenta años.

La estructura multipolar del poder mundial es muchísimo más compleja y dinámica que la poliarquía a la que Hegel se refería cuando analizaba la estructura del poder en la Edad Media. El reflejo inmediato de tal complejidad es el número extremadamente elevado de centros de poder que compiten entre sí, pero sin producir la quiebra del sistema global o de los sistemas nacionales, debido a la presencia de unos pocos centros económicos y políticos que conservan cierta hegemonía de escala planetaria, regional o local. Si tales centros no existieran, sería necesario crearlos para evitar la dislocación global.

Bien visto este panorama, la comunidad internacional se encamina hacia un orden jurídico mundial que establezca derechos, deberes y penas vinculantes en las relaciones entre las naciones. El problema cardinal que ese objetivo enfrenta es la ausencia de un conjunto de instituciones en las cuales todas las sociedades depositen una cuota de poder suficiente, como para que sus decisiones sean obligatoriamente acatadas. Se trata del problema que abordaron los teóricos clásicos del Contrato Social - Hobbes, Locke, Hume y Rousseau -, pero no en un nivel nacional, sino internacional. El asunto resulta difícil y quizás de imposible resolución en el momento actual, pero intentar lo mejor en esa ruta parece ser la opción más constructiva.

La estructura política multipolar del mundo contemporáneo interactúa con la denominada globalización económica, que no es otra cosa más que la internacionalización de la producción, distribución y consumo de bienes y la creación de una economía sin fronteras, una economía planetaria.

Se internacionalizan los mercados de capital, de bienes, de servicios, de mano de obra y de talento. Surgen, a propósito de la dinámica de estos mercados, verdaderas estructuras económicas sin fronteras cuya influencia en la definición de las políticas nacionales es cada vez más decisiva. Se trata, ni más ni menos, que del nacimiento de una economía

planetaria en cuya existencia y dinamismo las economías locales juegan un papel subordinado. La economía planetaria (3) se caracteriza por los siguientes rasgos básicos:

Primero: su factor productivo fundamental es el talento, entendido como el conjunto de saberes y experiencias en disposición de las personas y de una comunidad concreta. La tierra, el trabajo, el capital, la organización, la ciencia y la tecnología tienden a ocupar un lugar subordinado con respecto al talento. Ciertamente, existen muchos tipos de recursos y todos ellos son escasos y actúan como factores limitantes; sin embargo, en la sociedad contemporánea ya no se piensa en que los recursos físicos sean la principal limitante de las sociedades, pues la verdadera limitación, en la mayoría de los casos, es la falta de imaginación que se traduce en la ausencia de las personas capaces de innovar y de tener éxito en condiciones de incertidumbre.

Son los recursos invisibles, que las personas poseen en su mundo interior, pero que no aparecen en las cuentas macroeconómicas ni en las teorías microeconómicas, los más cardinales para el desarrollo social. Cuando los sistemas económicos logran liberar y desencadenar esas enormes potencias de autoexpresión que las personas llevan dentro de sí, como ocurrió en su momento con el nacimiento del capitalismo o con el estalinismo totalitario en la pos-guerra, se generan fases duraderas

de crecimiento que, lamentablemente, no siempre se traducen en índices de bienestar generalizado.

Segundo: el proceso de toma de decisiones en el área económica involucra un conjunto de instancias globales, de modo tal que los niveles nacionales para la fijación de políticas económicas se encuentran en íntima relación con las instancias internacionales. No se da una clara diferenciación entre lo nacional y lo internacional.

Tercero: la variable ecológica se ha incorporado como aspecto inevitable del curso económico mundial. Economía y ecología empiezan a compenetrarse hasta el punto de que en los últimos diez años ha nacido una nueva rama de la teoría económica: la Economía Ecológica. La propuesta fundamental de esta consiste en introducir, dentro del análisis económico, variables atinentes a los procesos de deterioro, mal manejo y destrucción de los recursos naturales, de modo que la teoría económica recoge tanto la evolución del proceso productivo en sentido estricto, como la del medio ambiente entendido éste como parte de la economía planetaria.

La Economía Ecológica se complementa con un movimiento mundial hacia la creación de derechos de apropiación privada, como instrumento para la efectiva protección del entorno natural. La estrategia ecológica de la economía planetaria postula una idea básica y sencilla: para que la protección ambiental

sea efectiva debe basarse en el interés directo de quienes pueden contaminar o no el entorno.

Cuarto: la preeminencia del talento como factor productivo ha implicado el advenimiento de lo que podría llamarse subjetividad económica. Ésta subjetividad se manifiesta, con singular claridad, en la importancia creciente de aquellas acciones económicas, donde el papel del agente humano es cardinal, tales como la innovación, la publicidad, el mercado, la organización productiva, administrativa y gerencial. Tales actividades influyen decisivamente en el comportamiento de la oferta, la demanda, la tasa de beneficio, la maximización del mercado, entre otros..

Las racionalidades implicadas en el proceso de toma de decisiones económicas han hecho caer en descrédito a las teorías económicas objetivistas, las cuales presuponían la existencia de un orden productivo cuasinatURAL.

Quinto: contrario a lo sostenido por varios observadores de la escena económica contemporánea, se estima que la existencia de poderes económicos globales no solo no ha desaparecido, sino que también se ha profundizado. Si bien las ventajas competitivas fundadas en los factores productivos tradicionales tienden a evaporarse rápidamente, el conocimiento, la información y la experiencia se han convertido en elementos intercambiables y transferibles de un país a otro o de una región a otra, lo cierto es que los

conocimientos, las informaciones y las experiencias no se distribuyen en forma homogénea. Del mismo modo que en el caso de la estructura del poder político global, existe en la economía planetaria una pluralidad de poderes en interacción, los cuales hacen del conflicto actual o potencial un rasgo inseparable de la vida económica.

Junto con el advenimiento de la economía planetaria y acompañando la multipolaridad de la dinámica política mundial y local, uno de los fenómenos decisivos de este fin de siglo es la transformación del papel de los intelectuales y el surgimiento de una nueva caracterización del saber.

Por razones históricas complejas, la función intelectual ha estado tradicionalmente vinculada a la existencia de centros de estudio y de investigación. Los sistemas nacionales de educación superior y de investigación científica y tecnológica, y en menor medida la estructura completa del proceso educativo formal desde la infancia hasta la madurez, han jugado y aún tienen un papel fundamental en la definición del perfil intelectual de la sociedad. Pero esa situación ha empezado a cambiar.

Ante esto las reflexiones teóricas más importantes acerca del curso esencial de los sucesos mundiales y nacionales nacen en el seno de pequeños núcleos de personas que en la economía, la política y la cultura, para citar tres casos, han desarrollado y aplicado la capacidad de sintetizar

diversas experiencias empíricas. Esa capacidad de síntesis no es solo el producto de años de estudio y de lectura, sino especialmente de la interacción con el entorno y de una actitud mental abierta y flexible.

Ese tipo de síntesis empírica es impensable en el marco del aula universitaria; pues la dualidad teoría-práctica, sobre la cual se levantó el perfil modernista de intelectual, como aquella persona en poder de muchos saberes académicos y destrezas lógicas, ya no constituye un binomio capaz de aproximarse a la comprensión del momento contemporáneo.

Actualmente existe una viva conciencia de las distancias que separan el devenir concreto de la existencia, con respecto a las teorizaciones academicistas que pretenden definirla, la sociedad se encamina hacia un estado donde el conocimiento ya no podrá identificarse con los saberes explícitos en posesión de personas "formalmente instruidas".

De este modo en sus acciones y pensamientos diarios, los individuos incorporan un conocimiento mayor que el adquirido durante su instrucción formal, estos son los saberes implícitos materializados en los contornos culturales, científicos y tecnológicos. Existe, por lo tanto, una dialéctica de lo explícito y lo implícito en el conocimiento que relativiza el papel de los primeros, hasta hace poco considerados por la sociedad como los únicos realmente importantes.

La presencia de conocimientos implícitos no incorporados en el proceso formal del conocimiento, pero que juegan un papel fundamental en la construcción concreta de la vida humana, no es un descubrimiento nuevo; sin embargo, es hasta ahora que la sociedad se enfrenta a la tarea de traducirlo en instituciones concretas, en prácticas específicas y sobre todo en una nueva actitud mental abierta permanentemente a lo novedoso y a lo inesperado.

En la época actual los dogmatismos resultan no sólo obsoletos sino, lo que es más importante, empíricamente imposibles. Se requiere una gran dosis de flexibilidad mental e institucional para lograr en la práctica la mejor combinación social de experiencias y saberes, y debe comprenderse que eso no se alcanza solo en el seno de las universidades y de los centros de investigación, sino también como resultado de la coordinación del conjunto de saberes explícitos e implícitos, costumbres, destrezas, habilidades y actitudes emocionales que interactúan en lo social.

Los intelectuales tradicionales, quienes legitiman su existencia sobre la base de la caduca dualidad teoría-práctica generando torpes burocracias culturales, no podrán sobrevivir en un mundo donde la frontera entre la función teórica y la operativa tiende a desaparecer. Lo teórico y lo operativo se articulan hasta el punto de intercambiar sus contenidos. No solo la escuela, la Universidad

o el Centro de Investigación, sino también la fábrica, el hogar, la calle, el centro deportivo, la oficina, entre otros, constituyen verdaderos “espacios” de formación, conocimientos y destrezas, son auténticos bancos de una inteligencia colectiva que coordina espontáneamente sus contenidos a través de una infinidad de costumbres, patrones psicológicos, instituciones y experiencias.

Tal unificación de saberes y destrezas no nace de los decretos de un articulador personal o impersonal -objetivo explícito en todos los totalitarismos, sino de la comunicación vital entre los individuos, establecida por el simple hecho de existir y de intercambiar informaciones. Es una coordinación sin decreto, nacida de los procesos dialógicos que tienen lugar en el seno de la vida social.

Al asumir como principio la intercambiabilidad de los contenidos teóricos y operativos, la sociedad contemporánea, particularmente en Occidente, se ve lanzada a una profunda reforma educativa, que haga de los centros de estudio y de investigación instituciones abiertas y capaces de establecer vínculos flexibles e interactivos con las diversas entidades de la totalidad social y que en el marco de esa interacción puedan dar contenido a modelos académicos flexibles, los cuales se conviertan en auténticas fuerzas de bienestar y no en murallas de conservatismo.

Crear instituciones abiertas en este sentido exige proceder a la desconcentración de funciones y procesos internos, a la erradicación de la compartimentalización y al desarrollo de modos interdisciplinarios e interactivos de trabajo académico. En forma simultánea, la reforma educativa implica un cambio de cultura institucional que introduzca nuevos valores y formas de pensar entre los miembros del sistema administrativo de la educación formal.

Unido a lo anterior, conviene recordar la correlación existente entre el proceso educativo y la evolución empírica del mercado laboral. Sin duda, uno de los asuntos que más preocupa a las nuevas generaciones es el del perfil ocupacional de la sociedad contemporánea y el modo como las instituciones educativas responden a la evolución de ese perfil. Es claro que el mercado laboral típico, compuesto por empresarios, trabajadores asalariados, profesionales liberales titulados de las universidades, burócratas del Estado y de la empresa privada –muchos de ellos también titulados de las universidades, está sufriendo una modificación radical como consecuencia del advenimiento de la economía planetaria, de la superación de la estructura dual del poder político mundial y de la modificación de la función intelectual.

4. Cinco problemas de índole planetaria

Por razones que no son del caso explicar aquí, el término globalización ha sido reducido al proceso de integración de los mercados y a la conformación de bloques regionales de índole económica; sin embargo, como se ha indicado, los cambios acaecidos en las últimas décadas apuntan no solo hacia un proceso de integración económica, sino también y fundamentalmente hacia un encuentro multilateral y multidimensional de la especie humana, dentro del cual se fragua el devenir de los principales acontecimientos mundiales.

No es la globalización económica el fenómeno central de finales de siglo, es la planetariedad consistente en la interconexión social y cultural, y en procesos de mutuo reconocimiento de valores y experiencias entre los distintos pueblos del planeta. No solo los mercados se integran, también lo hacen las culturas y las diversas totalidades sociales en procesos complejos y simultáneos.

Con lo anterior no defiendo la tesis de un gobierno mundial –preludio de un tipo internacional de totalitarismo– sino el reconocimiento recíproco de valores y la coexistencia armónica de todos los seres humanos, cualesquiera que sean las culturas o las razas a que pertenezcan. La conciencia planetaria se ve estimulada y agudizada por la existencia de problemas para cuya solución

se requiere del aporte de todos los países, en mayor o menor medida.

Estimo que los cinco problemas básicos que deben enfrentarse en forma coordinada son los siguientes: el hambre, la ausencia de estructuras económicas y sociales capaces de promover desarrollos socialmente equitativos, las guerras que siguen devastando amplias regiones geográficas y cuya secuela de muerte es ya un peso de dolor cargado en las espaldas de la especie, la agresión a la naturaleza, que introduce desequilibrios artificiales como resultado del apetito consumista y devorador de una civilización que parece haber perdido las normas éticas mínimas de una relación productiva con la naturaleza, y, finalmente, la persistencia de formas autoritarias de gobierno y de irrespetos sistemáticos y brutales a los derechos de las personas.

Estos cinco problemas son planetarios porque afectan a todos los habitantes del planeta, no pueden ser enfrentados con éxito sin una acción coordinada internacional e implican una responsabilidad ética compartida por todas las naciones.

Además el respeto a los derechos humanos, los esfuerzos por alcanzar y consolidar relaciones armoniosas con la naturaleza, la pacificación del mundo a través de instituciones y normativas jurídicas que privilegien la búsqueda del consenso a nivel internacional e impulsen el desarme simultáneo y completo, la

erradicación del hambre, el establecimiento de una adecuada correlación entre necesidades de la población y recursos naturales, sociales y económicos y, finalmente, la universalización de una nueva democracia, heredera de la tradición democrática clásica, fundada en los procesos dialógicos internos de las sociedades y en la solidaridad, constituyen retos de carácter planetario de cuya resolución depende, en buena medida, el consolidar definitivamente las tendencias positivas generadas a partir de los cambios fácticos y cognitivos ya reseñados.

5. La cosmovisión que se busca: en torno a la noción de totalidad

Ni la proliferación desconcentrada del poder, ni el advenimiento de la economía sin fronteras o planetaria, ni la transformación de la función intelectual, ni el paso de sistemas centralistas a sistemas descentralizados, entre otros, han sido procesos incorporados en el interior de las construcciones teóricas vigentes.

Los cambios fácticos y cognitivos acontecidos en los últimos veinte años no se han pensado adecuadamente, pues tomaron a la inteligencia desprevenida y oscurecida por nociones creadas para un mundo hoy inexistente de dualidades fenecidas, tales como socialismo-capitalismo, que legitimó la estructura dual del poder mundial; economía nacional-economía internacional,

que legitimó las distintas teorías económicas desde los neoclásicos, con su tesis de la utilidad marginal, hasta la teoría económica del Estado Nación, con su énfasis en los aspectos macroeconómicos; teoría-práctica, la cual evidenció la separación entre el trabajo intelectual y el operativo; sujeto-objeto, que constató los intentos de construir la teoría del conocimiento desde perspectivas idealistas o materialistas, entre otros.

El modelo mental que hoy se necesita requiere superar tales esquemas dualistas. Por otra parte los cambios fácticos y cognitivos reseñados brevemente en las páginas anteriores revelan la conveniencia de repensar la totalidad social desde la perspectiva de principios unificadores renovados. Tal renovación se inicia, en términos metodológicos, revisando el concepto de totalidad.

En el contexto de la filosofía moderna, arrancando con Spinoza y su *naturans* y *natura naturata*, pasando por los sistemas filosóficos alemanes desde Fichte hasta Hegel, el marxismo y el estructuralismo hasta nuestros días, la idea de totalidad social hace referencia, explícita e implícita, a un orden estructural necesario, planeado, autorregulado y cierto, el cual otorga sentido a los hechos particulares del desenvolvimiento histórico. Dicho enfoque no es el propio y no es, se podría creer, el del humanismo integral.

El holismo radical de la perspectiva indicada ha conducido, en los

últimos decenios, a una distorsión metodologista del concepto de totalidad social, reduciéndolo a una regla de procedimiento mental o a la designación de una realidad determinística, que no deja espacio para las fuerzas creativas e innovativas insitas en la persona humana.

La desmesura holística conduce a la supresión del sujeto creador en las explicaciones del devenir histórico, reduciendo la historia a una genealogía estructuralista que pretende comprender los sucesos por referencia a instancias colectivas que suprimen, sin más y por definición, el núcleo imprescindible de lo que pretenden explicar: la persona.

Al mitologizar la idea de totalidad social, el holismo radical, en sus distintas versiones, convierte la historia en un proceso sin sujeto, autosustentado por sí mismo en instancias impersonales y vacías de espíritu. Esa totalidad falsa ha deparado "...terror hasta el hartazgo..." (4), pero no por eso debe abandonarse el concepto de totalidad, como precipitadamente propone Jean Francois-Lyotard. El intento de construir una noción de totalidad, que evite el terror holístico del olvido de la persona, debe continuar. Pero ¿cuáles son, en concreto, algunas de esas nociones falsas de totalidad que el holismo radical ha procreado?

Primera: la totalidad de las macroestructuras vacías (Estado, clase, estrato, ciencia, entre otras), que no conoce de micro-funda-

mentos ni de individuos, ni de voluntades, ni de actos reflejos, que sean siquiera la materia prima de aquellas macroestructuras.

Segunda: la totalidad derivada del concepto racionalista de abstracción que Edmund Husserl criticara tan agudamente en sus *Investigaciones lógicas* (5).

Tercera: la totalidad como entidad cerrada y dependiente de un sujeto idealizado intrahistórico (ejemplo: el espíritu absoluto hegeliano), sin espacio para la libertad y la acción creadora de los individuos.

Los tres casos indicados pueden subsumirse en una definición típica del concepto de totalidad que ha hegemonizado el proceso del pensamiento en el área de las disciplinas sociales y humanísticas: la totalidad, dice tal definición, constituye la realidad concebida como autorregulada internamente y libre de incertidumbre e indeterminación.

Si la definición no es adecuada, entonces ¿qué significado tiene la idea de totalidad social, para no desaprovechar sus potencialidades y para no recaer en el terror holístico? Sin más preámbulo, el sentido que conviene desarrollar es aquel expresado cuando se dice que la totalidad social es unitaria, espontánea, incierta, indeterminada y concreta. **Unitaria** porque se compone de estratos y niveles en interacción; **espontánea**, porque adviene sin planificación centralista previa; **incierto**, debido a que no es

objeto de predicción al estar conformada por las interrelaciones que establecen libremente los individuos; **indeterminada**, porque no obedece a regularidades objetivas independientes de los sujetos en interacción; **concreta**, ya que su alfa y su omega, son lo más concreto que existe: el sujeto humano, la persona, el hombre de carne y hueso, del quien hablaba Unamuno cuando escribió:

“...El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere -sobre todo muere- el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere; el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano...”. (6)

Desde la perspectiva indicada, aquello a lo que se hace referencia con la noción de totalidad social resulta extremadamente difícil de conocer, aunque no imposible. La totalidad nace de la coordinación creadora de los sujetos en interacción, no de un decreto ni como producto de un programador social todopoderoso.

6. En definitiva ¿dónde estamos?

En realidad, los cambios indicados conforman un proceso integral de transformación a escala planetaria, con distinta incidencia en las diferentes zonas, regiones, países y continentes. Tal proceso conforma un conjunto de modificaciones sucedidas al margen y, a veces, en contra de las coordenadas históricas del

proyecto ilustrado –Estado Nación, primacía de la racionalidad lógico-formal, hegemonía de la ciencia experimental, ideologización de las relaciones políticas y sociales–. Son las coordenadas empíricas de la historia las que se han modificado, se ha ingresado, por eso, en un nuevo “espacio” de realidad y se ha operado una ruptura esencial y no simplemente una modificación parcial.

¿Cómo dar cuenta de semejante proceso de mutación? Permítase volver a insistir en un debate inconcluso; aquel que pretendió irradiar luz sobre los contenidos referidos en los conceptos de modernidad y posmodernidad.

El racionalismo científico, la creencia en verdades absolutas poseídas por un puñado de sabios y la centralización de la vida social y política, constituyen los pilares del modernismo y también las fuentes de su fracaso. Pero, en este punto conviene hacer una diferencia fundamental: modernismo y modernidad no son términos equivalentes. El segundo designa el denominado proyecto moderno cuyos énfasis fueron positivos; el primero, en cambio, se refiere a la deformación de la modernidad como resultado del énfasis científico.

Los énfasis de la modernidad fueron positivos, como se anotó anteriormente. Así frente a la unilateralidad teocéntrica la unidad y complementariedad del teocentrismo y del antropocentrismo, frente a los poderes

centralizados del Estado, la autonomía de cada persona, su libertad y su inteligencia; frente a los fundamentalismos ideológicos, la fundamentación de la investigación experimental, de la prueba empírica y de la matemática, como instrumentos autónomos al servicio de la razón. Estos énfasis conformaron en el siglo XVIII el proyecto moderno, cuyas raíces alcanzan al Renacimiento, a la Edad Media y al Mundo Antiguo.

Al cabo de los años, sin embargo, los resultados obtenidos por el proyecto se proclamaron completamente insuficientes e insatisfactorios. El antropocentrismo degeneró en una materialidad sin trascendencia y en el abandono de la unidad antropocentrismo-teocentrismo, tan cara al pensamiento medieval. A la autonomía de la razón la sustituyó la unilateralidad racionalista, a la insistencia en la importancia de la ciencia experimental, la reemplazó el positivismo, a la imposibilidad de alcanzar certezas eternas, la creencia de que tales certezas eran posibles debido a un método científico adecuado, al énfasis en el valor irrepetible e insustituible del individuo, lo suplantó el individualismo. Estas sustituciones resultaron trágicas al introducir desequilibrios artificiales y violentos en las sociedades humanas.

Estimo que este proceso degenerativo alcanzó su madurez hacia finales del siglo XIX y se profundizó en la mayor parte del siglo XX. Hace pocos años, sin embargo, al coincidir con el derrumbe del

socialismo real y la aceleración de la economía planetaria, se inició el reinicio del discurso moderno en la forma de una mutación que a un tiempo lo hereda, lo completa y lo supera. Se trata de un movimiento dialéctico orientado, por una parte, a la recuperación de los orígenes espirituales de la modernidad, afincados en las raíces axiológicas y metafísicas occidentales y, por otra, a la renovación de esos orígenes y a la conformación de una nueva hegemonía cultural de dimensiones planetarias.

Ante esto se ha empezado a construir un nuevo equilibrio cultural y global; ya que se comprende la importancia de la ciencia, pero se rechaza el cientificismo positivista, se reconoce el valor de la técnica pero no el tecnicismo, se aprecia la importancia de la unidad social y política, pero se rebate el centralismo, se reconoce la validez de los métodos experimentales de las ciencias particulares, pero se insiste en la necesidad de retornar a la Metafísica.

La situación mutante que se vive estimula la espontaneidad frente al diseño previo, la descentralización frente a la centralización propicia el descubrimiento de diversas racionalidades frente a la unilateralidad de la racionalidad tecnocrática, la unidad de lo diverso frente a la uniformidad, el rescate de lo individual frente a la pérdida del sujeto en realidades anónimas o en categorías mentales meramente especulativas, el primado de la acción y de la

reflexión sistemática frente al teoricismo sin profundidad y sin raíces.

¿Puede, la presente circunstancia, expresarse en forma adecuada con la noción de posmodernidad? Quizás no. El concepto posmodernidad es transitorio, y actualmente no se tiene la noción apropiada, pero este concepto no solo es transitorio, sino incompleto en su contenido, pues hace referencia a solo un aspecto de la situación contemporánea: la superación del proyecto modernista ejemplificado, entre otros hechos, en el abandono de las dualidades cognitivas y en la crisis de los centralismos.

La noción de posmodernidad deja por fuera el movimiento dialéctico significado en la vuelta a los orígenes de la modernidad. La mutación contemporánea no es una simple ruptura con el modernismo, sino también un regreso a las fuentes de la modernidad afincadas en el Renacimiento, la Edad Media y el Mundo Antiguo. El concepto de posmodernidad deja por fuera, además, el análisis del fenómeno degenerativo al que se vio sometido el proyecto moderno prácticamente desde sus inicios, el cual se aceleró durante el siglo XIX, a saber: el modernismo.

El planteamiento anterior se aleja de las visiones tradicionales asumidas en el debate sobre las relaciones entre la modernidad y la pos-modernidad. Posturas como la de Habermas se encuentran aún muy dependientes de las dualidades típicas del discurso modernista, y constituyen

un intento solapado de revivir las degeneraciones totalitarias que condujeron a los genocidios más espantosos del presente siglo.

Si se mira a la tradición francesa representada en Lyotard es clara la absolutización del momento de la ruptura con la modernidad y, por lo tanto, la incapacidad de visualizar en forma equilibrada la situación contemporánea. Recuérdese que solo en el marco de esa absolutización de la ruptura con la modernidad, el término posmodernidad se vuelve consistente en todos sus extremos, fuera de tal exceso y unilateralidad resulta transitorio e incompleto.

La sociedad mundial, guardando las distancias y las diferencias entre las distintas comunidades humanas, se encuentra al final de un ciclo iniciado con la formulación del proyecto moderno, y en su casi inmediata degeneración en el modernismo. Hay algunas “ventanas” desde donde se puede mirar al otro lado, pero la visión es aún muy borrosa. Apenas se ha comenzado la travesía en las nuevas rutas de la historia. Para ganar en claridad visual se torna necesario traducir en forma de paradigmas la nueva sensibilidad que penetra a todas las sociedades.

El ser humano ha empezado una nueva etapa de su peregrinar y necesita transformar el foco mental que le permite alumbrar el camino. De ahí la importancia de ahondar en el estudio de la racionalidad en todas sus manifestaciones y, en especial,

de la racionalidad ontológica, así como la histórica, pues es ahí, en la historia y en la consideración de los primeros principios de la realidad, donde las personas y las sociedades realizan sus posibilidades más hondas. “...Ni más nuevo, al ir, ni más lejos; más hondo. Nunca más diferente, más alto siempre” (7).

NOTAS Y CITAS

1. Luckas, George. (1976) *El asalto a la razón*. (Colección instrumentos). (Trad. de Wenceslao Roces). Barcelona, España: Editorial Grijalbo.
2. Véase la exposición crítica de Franz J. Hinkelammert sobre la teoría de la competencia perfecta en su obra *Crítica de la Razón Utópica*. Para un conocimiento detallado con múltiples ejemplos de la teoría pura del mercado perfecto léase: *Microeconomía: síntesis de las teorías neoclásicas y modernas* de los economistas R. Robert Russell y Maurice Wilkinson.
3. La noción “economía planetaria” fue utilizada por Juan Pablo II en la Encíclica *Centesimus Annus*, para designar una realidad económica global que subordina en un sistema único a las economías nacionales. Peter Drucker, por otro lado, en su libro *Las nuevas realidades*, habla de economía transnacional y de poscapitalismo. Ninguno de los conceptos de Drucker son adecuados para la situación que deseo describir.
4. La frase es de Jean-Francois Lyotard, quien la propuso en 1986 en su libro *La posmodernidad explicada a los niños*.
5. Husserl, Edmund. (1985) *Investigaciones Lógicas* (dos tomos). (Trad. Manuel G. Morente). Madrid, España: Alianza Editorial.
6. Unamuno, Miguel de (1964) *El sentimiento trágico de la vida*. (Biblioteca clásica y contemporánea). Buenos Aires, Argentina: Editorial Losada, 7.
7. Citado en *Encuentros literarios, filosóficos y artísticos* (IV Jornada Nacional de Reflexión Omar Dengo). (1997) San José, Costa Rica, Universidad Nacional, Promesa, Centro Cultural Español, 61.